

Artículos y entrevistas

Pamplona, España I-2002

Artículo publicado en la revista "Redacción", de la Universidad de Navarra, con el título "Un legado universal".

Al conmemorar el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá, me vienen al recuerdo –junto con otros aspectos de su vida santa– su continua solicitud por esta Universidad, que llevaba tan dentro de su corazón y que ahora protege desde el Cielo.

Siempre quiso que fuera un potente foco de ciencia y de cultura, que contribuyera a difundir una honda formación cristiana entre jóvenes de los cinco continentes, y puso todos los medios sobrenaturales y humanos para lograrlo. Nunca imaginó esta *Alma Mater* como un reducto defensivo, sino que soñaba con que su influjo llegara a ser verdaderamente universal y que alcanzara un alto prestigio para servir con eficacia a la Iglesia y a todos los hombres, de manera especial a los más necesitados, al mismo tiempo que fomentaba en quienes ahí trabajaban el anhelo sincero de aprender de los demás.

Cuando se va a cumplir, en octubre de este año, medio siglo de vida de la Universidad, podríamos pensar que buena parte de esos sueños se han hecho realidad. Pero cincuenta años apenas representan los primeros pasos de

una institución que mide su historia por siglos. La Universidad de Navarra está empezando su andadura, aunque la sabiduría de su primer Gran Canciller y la intensidad de sus cinco primeras décadas –incluidas las dificultades que ha debido afrontar– le han conferido una espléndida madurez, gracias a Dios y al trabajo de millares de personas: profesores, empleados, alumnos, benefactores de todo el mundo. Se trata ahora de ir a más, de intensificar la práctica del espíritu que ese sacerdote santo le dejó como su más rico legado.

Diálogo abierto y sincero

Es un espíritu de apertura, de comprensión con todos, de trabajo constante, de alta exigencia académica, de convivencia amistosa y alegre entre personas de las más diversas ideas y mentalidades, de diálogo abierto y sincero. Tal es el ambiente que, desde un punto de vista humano, caracteriza las labores apostólicas del Opus Dei, a cuya realización en la tierra dedicó su vida sin reservas el Beato Josemaría, en cumplimiento de una llamada a la santidad que hoy han asumido decenas de miles de personas, en los más variados oficios y profesiones a lo largo de todo el mundo. Ambiente humano que sirve como fundamento para el objetivo de la lucha eficaz por la santidad: el esfuerzo por que Dios sea el fin de todas esas actividades.

Quería que la Universidad ofreciera libremente a todos los que a este centro acudieran una pedagogía de la

plenitud cristiana, que cabe alcanzar en cualquier circunstancia de la vida cotidiana, a través del trabajo y de todas las ocupaciones que llenan el día de una persona corriente.

De ahí que aspirara a que las enseñanzas que aquí se imparten no se limiten a los aspectos especializados de cada materia, sino que estén encuadradas en la formación enteriza de las personalidades jóvenes. Legó a la Universidad la herencia viva de una percepción unitaria de todos los saberes, que han de configurarse en una síntesis cristianamente inspirada y a la altura de nuestro tiempo. Por eso, animó a que se adoptara una visión interdisciplinar del quehacer universitario y fomentó el trabajo en equipo, con sentido de servicio, buscando la fecundidad común antes que el lucimiento personal. Promovió desde el primer día una investigación de vanguardia y un ambiente de colaboración y de ayuda mutua. Aspiró a que los hallazgos que surgen de esa intensa tarea en bibliotecas y laboratorios se pusieran al servicio de los diversos sectores sociales.

Con el esfuerzo de cada uno, se ha de lograr que estos aspectos de su espíritu se vivan de cara al futuro con intensidad creciente, reforzando si cabe la identidad cristiana de la corporación académica en el ambiente de pluralismo y libertad que la caracterizan.

Amor a la verdad, la justicia y la libertad

El Centenario de nuestro primer Gran Canciller, unido al recuerdo entrañable de mi querido predecesor, Mons. Álvaro del Portillo, ha de re-

presentar un renovado impulso, como un nuevo comienzo, más ilusionado que nunca, de esta formidable labor que la Universidad de Navarra realiza. Especial hincapié deseo poner en que se intensifique la labor investigadora, tanto en Ciencias y Tecnología como en Humanidades, para iluminar audazmente este comienzo del tercer milenio, inspirado también por las enseñanzas del Papa Juan Pablo II. La ayuda de la Asociación de Amigos y de la Agrupación de Graduados seguirá siendo, como hasta ahora, un valioso apoyo para una tarea que tantos esfuerzos requiere. La altura de la enseñanza que en todas las carreras se ofrece continuará encontrando su complemento formativo en el asesoramiento académico personal y en la gran variedad de actividades culturales y sociales que promueve la Universidad. El funcionamiento de la vida universitaria habrá de ser cada vez más dinámico y adecuado a las circunstancias, cada vez más rápidamente variables, de este momento histórico.

De completa actualidad son las palabras que el fundador de la Universidad pronunció, con ocasión de un Acto Académico, en 1972: "La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta las fuerzas que dormitan y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto,

a promover —con el amor a la verdad, la justicia y la libertad— la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones”.

Nos espera una estupenda tarea de servicio generoso y exigente. La realizaremos con mayor eficacia si encomendamos nuestro trabajo a la intercesión del Beato Josemaría y lo ponemos al amparo de la Santísima Virgen, Madre del Amor Hermoso, que nos preside desde la ermita del campus.

Madrid, España 8-I-2002

Entrevista publicada en el diario “El País”, la víspera del Centenario del nacimiento del Fundador del Opus Dei.

¿Cuál es la situación actual de la Obra?

Forman parte del Opus Dei en este momento 85.000 fieles, repartidos por sesenta países. Cada una de esas personas procura difundir a su alrededor el mensaje de Cristo, a través de la amistad, sin considerarse en absoluto mejor que los demás, de los que aprende. El auténtico criterio para valorar la situación del Opus Dei es la fidelidad personal de cada uno a Jesucristo: y de eso es de lo que nos examinamos los fieles de la Prelatura al terminar el día.

La Obra ha organizado diversas celebraciones, pero la más importante será la canonización del Beato. Teniendo en

cuenta la polémica que suscitó la beatificación en 1992, ¿no teme que se reproduzcan las críticas?

No se sabe la fecha de la canonización del Beato Josemaría. Depende del Santo Padre. Suele hacer públicas las fechas de las canonizaciones durante los Consistorios. ¿Cómo no agradecer esa progresiva extensión, desde 1975, de la devoción al Beato Josemaría a tantos rincones del mundo? No temo un ambiente polémico, y no se trata sólo de una previsión optimista: artículos y cartas que he leído estos meses lo confirman.

El Opus Dei goza de un gran predicamento con el actual Papa, Juan Pablo II, que le concedió en 1982 la calificación jurídica de Prelatura personal. ¿Hasta qué punto ha sido importante para la Obra contar con las simpatías del Pontífice?

Creo que un católico debe querer al Papa, a todos los Papas, con idénticos sentimientos de afecto y veneración. El amor al Romano Pontífice nace de la fe, no de las preferencias, porque en él vemos al vicario de Jesucristo entre los hombres. Y me atrevo a afirmar que el Papa no hace distinciones, es Padre de todos los católicos y trata a todos con la misma caridad. Con esta premisa, contar con su simpatía es un estímulo, una invitación a la unidad, un motivo de agradecimiento y de responsabilidad. La decisión de erigir el Opus Dei en Prelatura se basó en serios estudios teológicos y jurídicos. El Concilio Vaticano II, con la sanción de Pablo VI, estableció las bases. Ciertamente, Juan Pablo II puso su sello en el documento final, pero a la decisión se llegó mediante una amplia convergencia, y dieron su